

árabes como medicamento para las heridas. Varios botánicos opinan que este aceite es el *bálsamo de Galaad* mencionado en la Escritura. «¿Por ventura no hay resina en Galaad?—exclamó Jeremías;—¿ó no hay allí médico?; pues ¿por qué no se ha curado la cicatriz de la hija de mi pueblo?» Los mercaderes á quienes fué vendido José por sus hermanos, y por quienes fué trasladado á Egipto, llevaban sus camellos cargados de bálsamo ó resina de Galaad. «Y sentados á comer (los hermanos de José), dice el Génesis, vieron venir de Galaad una caravana de Ismaelitas, con sus camellos cargados de aramal, y bálsamo y mirra destilada, que iba con dirección á Egipto.» Este bálsamo es el mirabolano de los antiguos. Los cristianos de Jerusalén se sirven del hueso de esta fruta para hacer cuentas de rosario. El ser espinosas sus ramas ha hecho creer á algunos autores que de ella se formó la corona del Salvador.

Encuéntanse allí también muchos azufaitos *ziziptus jujuba* los llama Lamk. Este árbol florece dos veces al año, y durante la florecencia derrama á gran distancia su aroma; sus hojas y frutas se comen como cerezas. Aparecen á menudo en este bosque aves de brillante plumaje, y en especial numerosas perdices.

Interesante es la descripción que hace Josefo de la fertilidad producida por las aguas de esta fuente, y que revela completamente el estado en que se hallaba en tiempo de Jesucristo. Después de referir el milagro de Eliseo, añade: «El terreno que esta fuente riega tiene setenta estadios de largo por veinte de ancho. Contiene hermosísimos huertos, en los cuales crecen palmeras de todos géneros, de distintos nombres y diferente sabor en sus respectivos frutos. Algunas producen una miel que en nada se diferencia de la que comunmente se cosecha en la comarca. Crianse cipreses y mirabolanos, árboles que destilan el bálsamo, con el cual no hay fruto alguno que merezca compararse. Así que puede afirmarse que tiene algo divino un suelo donde crecen árboles tan excelentes, y dudo que en todo el mundo haya ningún terreno digno de comparársele. En mi concepto la causa debe atribuirse al subido grado de la temperatura y al singular efecto que producen estas aguas en pro de la feracidad de la tierra; el calor abre las flores y hojas, y el agua fortalece las raíces aumentando su savia en los extraordinarios calores del verano, en cuya época ninguna planta pudiera medrar sino contara con ella fresca. Empero por excesivo que sea el calor, por la mañanita siempre sopla una brisa que refresca el agua que se seca antes de salir el sol; en el invierno es tibia, y el aire es tan suave que los naturales no necesitan llevar más que un ligero vestido de tela mientras en otros puntos de Judea está nevando.»

Junto á dicha fuente, los que viven en zonas templadas echan muy á menos la hierba. En toda Siria, lo propio que en las zonas tropicales, se nota á veces cerca de los ríos y fuentes una hermosa vegetación, que sólo consiste en árboles y arbustos, sin un palmo de terreno cubierto de hierba; en estos sitios la naturaleza es á veces magnífica, al par que extraña y agreste: nunca es plácida y riente.

Varios otros artificiales se levantan al sud, al oeste y noroeste de Ain-es-Sultan ó Fuente de Eliseo, alcanzando algunos unos veinte metros sobre el suelo, y en la ladera oriental de aquel á cuyo pie corre la fuente, distingúense todavía restos de unas gradas de piedra por las que se bajaría hasta el pilón que la recibe. Compónense estos otros, en los que se practicaron detenidas excavaciones en 1848 por el capitán Warren, de una tierra amarillenta que entre los dedos se deshace en fino polvo, y en ella pueden distinguirse aún las líneas y las formas de antiguos ladrillos; al penetrar en ellos se han encontrado á dos metros de profundidad sepulcros de iguales ladrillos, excepto uno construido de piedra, y los huesos que contenían serían, á lo que parece, depositados allí después de la descomposición cadavérica. El *tell* ú otero más elevado, aquel que domina á los demás, como una verdadera acrópolis, presenta los cimientos de fuertes muros construidos con piedras sin labrar y de una anchura de dos metros; en ellos se apoyaron las murallas que cayeron derribadas ante los israelitas. Enterrados á poca profundidad y también diseminados por el suelo hállanse además en gran número restos de vasos y otros objetos de tierra, que los viajeros eruditos recogen como preciosos ejemplares de la cerámica cananea, porque, en efecto, allí, junto á la fuente de Eliseo estuvo situada la Jericó de Kemrán, la ciudad de las palmeras, la ciudad real, la primera que hicieron suya los hijos de Israel, de la que tomó posesión Josué mediante estupendo milagro al penetrar en la tierra prometida.

Aunemos el relato bíblico.

Sucedió que estando Josué cerca de Jericó, levantó los ojos y vió á un hombre puesto en pie delante de él, con una espada desenvainada. Josué fué hacia él y le dijo: «¿Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?» El cual respondió: «No; mas soy el jefe del ejército del Señor y ahora vengo.» Josué postróse en tierra sobre su rostro, y adorando, dijo: «¿Qué es lo que mi Señor habla á su siervo?» «Quita, le respondió, tu calzado de tus pies, porque el lugar en que estás santo es.» Y Josué hizo lo que le había mandado el jefe del ejército de Jehová.

Ahora bien: Jericó, ciudad fuerte, estaba cerrada y guardada con

cuidado, temiendo á la terrible y extraña nación que acampaba en sus inmediaciones.

El Eterno dijo, pues, á Josué: «Mira que he puesto en tu mano á Jericó y á su rey y á todos sus campeones. Dad vuelta á la ciudad todos los hombres de armas una vez al día y así lo haréis por seis días; pero en el séptimo, tomen los sacerdotes las siete trompetas que sirven en el jubileo, y vayan delante del arca de la alianza, y daréis siete vueltas á la ciudad y los sacerdotes tocarán las trompetas. Y cuando sonare la voz de la trompeta, más prolongada é interrumpida, é hiriere en vuestros oídos, todo el pueblo gritará á una voz muy alta, y caerán los muros de la ciudad hasta los cimientos, y cada uno entrará por aquella parte que tuviere delante de sí.»

¿Quién es este misterioso personaje que se llama jefe de los ejércitos del Señor, que permite que se le adore, que consagra un lugar por su sola presencia? ¿Es el mismo que se apareció á Moisés en la zarza ardiendo, que, allí como aquí, manda quitar el calzado? ¿Es el mismo que en el profeta del Nuevo Testamento se llama el Fiel y la verdad, que juzga y pelea justamente, que tiene sobre su cabeza muchas diademas, está vestido con un traje teñido de sangre; el que se llama el Verbo de Dios, á quien siguen los celestiales ejércitos, de cuya boca sale una espada de dos filos, para herir con ella á las naciones que él gobernará con un cetro de hierro; que, por último, lleva escrito sobre su vestido y sobre su muslo: «El Rey de los reyes y el Señor de los señores?» Se puede creer porque la escritura así lo dice.

El hijo de Nun llamó, pues, á los sacerdotes y les dijo: «Tomad el arca de la alianza y otros siete sacerdotes tomen las siete trompetas del jubileo, delante del arca de Jehová.» Dijo asimismo al pueblo: «Id y dad vuelta á la ciudad, armados, yendo delante del arca de la alianza del Señor.» Y luego que Josué acabó de hablar, y los siete sacerdotes tocaron las siete trompetas delante del arca de la alianza del Señor, y todo el ejército armado iba delante, el resto de la gente iba detrás del arca, y por todas partes resonaban las trompetas. Mas Josué había dado una orden al pueblo, diciendo: «No gritaréis, ni se oirá vuestra voz, ni saldrá una sola palabra de vuestra boca hasta que llegue el día en que os diga: «Clamad y dad voces.» Dió, pues, vuelta el arca del Señor á la ciudad una vez al día, y habiendo vuelto al campamento, reposó allí. Y levantándose Josué de noche, los sacerdotes tomaron el arca del Señor, y siete de ellos las siete trompetas de que usan en el jubileo, é iban delante del arca del Señor, andando y tocando las trompetas; y el pueblo armado iba delante de ellas, mas el resto de la gente

seguía el arca y resonaban las trompetas. Y dieron una vez vuelta á la ciudad el segundo día, y se volvieron al campamento. Así lo hicieron por seis días. Mas el día séptimo, levantándose muy de mañana, dieron siete vueltas á la ciudad, como estaba ordenado. Y como en la séptima vuelta tocasen los sacerdotes las trompetas, dijo Josué á todo Israel: «Alzad el grito, porque el Señor os ha entregado la ciudad.» Y así levantando el grito todo el pueblo, y sonando las trompetas, luego que llegó la voz á los oídos de las muchedumbres, cayeron los muros en el mismo momento, y subió cada uno por el lugar que tenía delante de sí y tomaron la ciudad. Todo fué pasado á espada; hombres, mujeres, niños, ancianos; también los bueyes, las ovejas y asnos. Solamente Rahab, que, según la orden de Josué, había sido sacada de su casa por los dos hombres que ella había hospedado, fué salvada con su padre, su madre, sus hermanos, toda la familia y sus bienes, y colocada fuera del campamento. Entonces Josué fulminó esta imprecación, diciendo: «Maldito sea delante del Eterno el varón que levantara y reedificare la ciudad de Jericó. Muera su primogénito cuando eche sus cimientos, y perezca el postrero de sus hijos cuando le pongan las puertas.» El Eterno fué, pues, con Josué, y su nombre se divulgó por toda la tierra.

El lugar que, según se cree, ocupaba la ciudad de Jericó, está hoy invadido por intrincada espesura de árboles y arbustos, entre los que se distinguen los llamados por los árabes *seder*, *zakkun* y *leimun Luth*. El *seder*, que lleva también el nombre de *nebek*, el *rhamnus nabeca* de los botánicos, es una especie de acacia muy espinosa, unas veces árbol otras arbusto, que da por fruto una pequeña baya rojiza, agridulce y sabrosa al paladar. El *zakkum*, el *elocagnus augustifolius* de Linneo, es tenido por el *myrobalsamum* ó el *myrobalanum*; produce un fruto semejante á una aceituna, cuyo hueso machacado y puesto en agua caliente, suelta un aceite que sobrenada y se parece al de las almendras; los árabes lo emplean como medicamento para las heridas. Los cristianos de Jerusalén usan el hueso para la fabricación de rosarios, y como las ramas de este árbol, lo mismo que las del arbusto, abundan en espinas muy agudas y recias, dice la tradición que con ellas se hizo la corona de Nuestro Señor Jesucristo. Su nombre de *zakkum* ha inducido á algunos á creer que en un árbol de esta clase se encarnó Zacheo cuando Jesucristo verificó su entrada en Jericó, y por esto el aceite de él extraído lo llaman aceite de Zacheo; pero no pasa esto de ser un error evidente, dice Guérin, fundado en la fortuita similitud del nombre, en cuanto sabemos por el Evangelio que Zacheo subió á un sicomoro.

No es el *zakkum* el verdadero árbol del bálsamo, es decir, el *opobalsamum*, el cual daba antes en abundancia su precioso fruto en la llanura de Jericó; en el día ha desaparecido de ella por completo. Del *leinum Luth*, así llamado por los árabes á causa de haber sido maldito por Loth, nacen falaces frutos. Es el *Solanum Solomeum* de Linneo. De las palmeras que dieron, sin duda por su abundancia, otro de los nombres con que era apellidada la ciudad, restan poquísimos ejemplares. También las famosas rosas de Jericó han desaparecido de la comarca. Su aspecto actual recuerdan estas palabras de Joel: «El vino se perdió, faltó el aceite...; la higuera se secó; el granado y la palma, el manzano y todos los árboles del campo se secaron; y se ha desvanecido el gozo de los hijos de los hombres.

El señor había dispuesto que Jericó sucumbiese, y Josué la destruyó pronunciando esta imprecación: «Maldito delante del Señor el varón que levantara y reedificara la ciudad de Jericó. Muera su primogénito cuando eche sus cimientos; perezca el postrero de sus hijos, cuando le ponga las puertas.» Este anatema se cumplió en el reinado de Achab en Israel y de Asa en Judá en la persona de Hiel de Betel por haber emprendido la reconstrucción de Jericó á poca distancia hacia el sud de la ciudad antigua; en el sitio llamado hoy Kharbet-Karun, junto al Ued-el-Kelt; perdió á Abimaram, su primogénito, cuando echó los cimientos de la ciudad y á Segub, el último de sus hijos, al colocar las puertas.

La Jericó israelita, sucesora de la Jericó pagana, volvió á ser una ciudad floreciente que rivalizó con Jerusalén en magnificencia y población. Pertenecía en un principio á la tribu de Benjamín y después al reino de Judá; contaba muchos palacios y establecimientos de utilidad pública, siendo especialmente famosa por los deliciosos jardines de que nos hace mención el historiador Josefo, y por el renombrado bálsamo que en ella se cultivaba desde que Salomón había recibido de la Arabia meridional la planta que lo producía. Atrevidos acueductos llevaban á su recinto el caudal de las fuentes que brotan en los inmediatos montes, y tenía un hipódromo y un anfiteatro.

El rey Sedecía, huyendo de Jerusalén al ser expugnada por la hueste caldea, fué perseguido por los vencedores y hecho prisionero en la llanura de Jericó. Nabucodonosor le hizo sacar los ojos, y encerróle en una mazmorra en Babilonia. En Jericó tuvieron escuela y de ella salieron varios profetas, especialmente en tiempo de Elías y de Eliseo, quienes visitaron la ciudad. Sus moradores concluido el cautiverio, trabajaron en la restauración de las murallas de Jerusalén; y sábase

que Jonatás, luego de derrotar al ejército de Bacquides cerca del Jordán, fortificó la ciudadela de Jericó; pero Herodes el grande la embelleció especialmente, quien la compró á Cleopatra, y en una eminencia que la dominaba construyó fuerte y delicioso alcázar, al que llamó Cypros, del nombre de su madre. Entre éste y los antiguos palacios reales, escribe Josefo, levantó otros dos á los que puso los nombres de Augusto y Agrippa. En Jericó ese cruel príncipe mandó ahogar al joven Aristóbulo, á quien, para ocultar mejor sus designios, había nombrado primer sacrificador; y en ella fué donde el Señor castigó sus delitos con terrible cuanto vergonzosa muerte. Atacado de una enfermedad que inspiraba repulsión y espanto á cuantos le rodeaban, sus padecimientos eran tales que intentó suicidarse. En sus últimos momentos mandó matar á su hijo Antípater; condenó á ser quemados vivos á las mancebos que habían arrancado el águila romana clavada en el umbral del templo en mengua de la ley; y previendo que su muerte había de ser un motivo de contento en Jericó, dispuso que, encerrados en el circo los principales ciudadanos, fuesen ejecutados al ocurrir su muerte, á fin de que el pueblo tuviera motivo para afligirse; pero la orden no fué ejecutada. Así acabó sus días el tirano perseguidor del Niño Jesús, el tirano á quien la historia ha apellidado el Grande. Desde la citada ciudad fué trasladado con la pompa que antes hemos descrito á Hesodio.

En Jericó se congregaban los peregrinos judíos de la Perea, al este del Jordán, y de Galilea al dirigirse al templo, y á aquella ciudad fué Jesús distintas veces, obrando en ella muchos milagros. Al salir Jesús de Jericó, seguiale gran multitud de gentes; y he aquí que dos ciegos sentados á la orilla del camino, habiendo oído decir que pasaba Jesús, comenzaron á gritar, diciendo: «¡Señor! ¡Hijo de David! ten lástima de nosotros.» Mas las gentes los reñían para que callasen. Ellos no obstante alzaban más el grito, diciendo: «¡Señor! ¡Hijo de David! apiádate de nosotros.» Paróse Jesús y llamádoles, les dijo: «¿Qué queréis que os haga?» Respondieronle ellos: «Señor, que se abran nuestros ojos.» Movido Jesús á compasión, tocó sus ojos, y en el mismo instante vieron y se fueron en pos de él.

En Jericó se enseña el sitio donde según la tradición estuvo el sicomoro al cual subió Zaqueo para ver pasar á Jesús, y el lugar de la casa de éste. Habiendo Jesús entrado en Jericó, atravesaba por la ciudad; y he aquí que un hombre muy rico, llamado Zaqueo, principal ó jefe entre los publicanos, hacía diligencias para conocer á Jesús de vista; y no pudiendo á causa del gentío, por ser de muy pequeña estatura, se adelantó corriendo, y subióse en un árbol cabrahigo para verle; porque